

## X Jornadas de Sociología de la UNLP

**Autores:** Cisilino, Juan (IdIHCS-UNLP/CONICET)

García Larocca, Manuela (FaHCE-UNLP)

Garriga Olmo, Santiago (FaHCE-UNLP)

**Correo electrónico:** [jornadasmalvinasunlp@gmail.com](mailto:jornadasmalvinasunlp@gmail.com)

### *¿Un paseo?*

#### **Aproximaciones a la guerra de Malvinas desde una visión inglesa**

##### **Resumen**

La presente ponencia se propone problematizar determinadas miradas dominantes en Argentina en torno a la guerra de Malvinas a partir del análisis de las perspectivas de jefes militares ingleses acerca del desarrollo y balance del conflicto bélico de 1982.

Una de las particularidades de los relatos dominantes en Argentina acerca de la guerra es el impactante contraste con las experiencias reivindicadas por buena parte de los ex combatientes. Nuestra hipótesis es que, de modo semejante, los testimonios de militares que fueron protagonistas del conflicto bélico del bando inglés contribuyen a la problematización de dichos relatos. Por ello, partiendo de las memorias del general de división Julian Thompson (al mando de la 3º Brigada de Comandos de Infantería de Marina) y del almirante Sandy Woodward (comandante de la flota británica), desarrollaremos una revisión de determinadas ideas-fuerza de gran arraigo en los discursos sobre Malvinas.

El trabajo se centra, principalmente, en bibliografía específica que analiza las diversas miradas sobre el conflicto que desde el final de la guerra hasta la actualidad se han desplegado desde los ámbitos políticos, intelectuales, académicos, testimoniales y mediáticos, como así también testimonios obtenidos de fuentes documentales, archivos periodísticos y entrevistas realizadas por los autores.

## Introducción

La presente ponencia se propone contribuir al conocimiento acerca de la *Cuestión Malvinas*. Ésta, desde 1982 hasta la actualidad, se encuentra atravesada centralmente por el conflicto bélico que enfrentó a la Argentina con el Reino Unido y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN, en adelante), es decir que la guerra ha constituido el eje fundamental a partir del cual se han ido configurando las interpretaciones sobre Malvinas en nuestro país. En ese sentido, el objetivo del presente trabajo consiste en problematizar determinadas miradas dominantes en Argentina en torno a la guerra de Malvinas: para ello, en este caso, analizaremos las perspectivas de jefes militares ingleses acerca del desarrollo y balance del conflicto bélico como insumo principal a partir del cual pueden revisarse críticamente algunas de las ideas-fuerza de mayor arraigo en las visiones sobre esta problemática.

Cabe destacar que la guerra de Malvinas es uno de los acontecimientos más importantes de la historia argentina reciente, con profundas secuelas en lo político, en lo geopolítico y en lo social. Como destacó Rosana Guber, se trata de uno de los episodios “más llamativos y menos analizados del proceso político argentino” (2012, p.7).

Desde el fin de la guerra hasta la actualidad, se han ido constituyendo relatos, representaciones y discursos desplegados desde ámbitos políticos, intelectuales, académicos, culturales, testimoniales y mediáticos. Éstos han posibilitado el arraigo de determinadas ideas-fuerza en el imaginario social con la guerra como vértice articulador. Ésta constituyó un episodio excepcional debido a que fue la única guerra durante el siglo XX en la que la Argentina fue protagonista y en la que participaron conscriptos civiles, y debido a que contó con el apoyo de amplísimos sectores del pueblo argentino sobre la base de la defensa de la soberanía nacional (Guber, 2009). Ciento cuarenta y nueve años después de que Inglaterra invadiera las Islas Malvinas, la Argentina las recuperó para la soberanía nacional el 2 de abril de 1982. El Reino Unido envió su fuerza aeronaval con el objetivo de reconquistar las islas, imponiendo entonces la guerra que duraría hasta la rendición argentina el 14 de junio del mismo año.

Las principales ideas-fuerza que han atravesado las interpretaciones dominantes acerca de la guerra y por ende de la *Cuestión Malvinas* en general, son dos: la primera refiere al carácter absurdo de la guerra, puesto que resulta inconcebible que un país como la Argentina pueda enfrentarse política y militarmente a una de las naciones más poderosas del mundo respaldada nada menos que por la OTAN; la segunda, refiere al hecho de que como la decisión de la recuperación y la dirección de la guerra fue llevada a cabo por la más nefasta

dictadura militar que había derrocado al gobierno peronista en 1976 Malvinas se define por su contexto, es decir Malvinas es fundamentalmente un episodio en la política de la dictadura y, como tal, debe ser condenada totalmente y cualquier análisis de la misma debe ceñirse a esa perspectiva.

Indudablemente, estas ideas refieren a aspectos reales que hacen a la complejidad de la problemática; no se trata aquí de negarles veracidad, sino de problematizarlas. En primer lugar, es indiscutible el carácter de potencia militar que hasta el día de hoy reviste el Reino Unido de Gran Bretaña, especialmente en comparación con las deficiencias técnicas y políticas de unas Fuerzas Armadas como las argentinas que habían sido formadas principalmente para la represión interna en el marco de la “doctrina de seguridad nacional”. En segundo lugar, el carácter funesto de la dictadura no se circunscribe sólo a su política económica y represiva, sino que también, en el caso de Malvinas, su conducción política y militar de la guerra puede calificarse, por numerosos motivos, como irresponsable, negligente y criminal, incluso favoreciendo con sus acciones la derrota de nuestras tropas (Rattenbach, 1982).

Sin embargo, como decíamos previamente, estos dos aspectos se han constituido en las ideas-fuerza que articularon los relatos sobre Malvinas. Éstos, más allá de los múltiples matices y de la diversidad de perspectivas desde las cuales se los sostienen, pueden sintetizarse esquemáticamente en dos grandes variantes: la de la *guerra absurda* y la de Malvinas como *crimen de lesa humanidad*. Éstas no son necesariamente excluyentes entre sí, sino que también pueden aparecer articuladas, como veremos más adelante.

A lo largo de esta ponencia, reconstruiremos sucintamente las características fundamentales de ambos relatos, poniéndolos en diálogo crítico con los testimonios de los jefes militares ingleses, pues éstos no se encuentran atravesados por las miradas dominantes que se han desarrollado en nuestro país, sino que, por el contrario, aportan elementos para su problematización.

Los testimonios elegidos para tal fin son el del general de división Julian Thompson, quien estuvo al mando de la 3° Brigada de Comandos de Infantería de Marina y registró su experiencia en su libro *No picnic* (1982), y del almirante Sandy Woodward, quien fue el comandante de la flota británica y plasmó sus memorias en *Los cien días* (1992). Lo distintivo de sus miradas es que están atravesadas por su formación profesional, tratándose de dos oficiales de alto rango con gran responsabilidad en la dirección de las tropas inglesas durante el conflicto, y no por las vicisitudes políticas de su país. En ese sentido, más allá de los pormenores específicos y técnicos, son testimonios que no sólo complejizan y problematizan

los relatos dominantes acerca de la guerra en Argentina, sino que también nos obligan a reflexionar acerca de cómo los argentinos nos vemos a nosotros mismos y cómo concebimos los relatos de nuestra propia historia.

### ***La guerra absurda***

Esta interpretación sostiene que haber combatido contra los ingleses por la recuperación de la soberanía nacional sobre las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del sur fue una *aventura militar* que no tuvo ningún sentido, es decir que fue una acción perteneciente al ámbito de la “locura” y lo “irracional”, carente de cualquier justificación. Esta mirada puede asumir diversos matices, aunque éstos pueden aparecer entrelazados en numerosos discursos, más allá de aquellos que se oponen a cualquier guerra independientemente de las circunstancias o sus causas: algunos parten de negar toda importancia al conjunto de islas que englobamos bajo la denominación de “Islas Malvinas”; otros, reducen la guerra a la decisión “irracional” de un general borracho; un tercer matiz muy extendido es aquél que concibe la decisión de recuperar las islas como una maniobra por parte de la dictadura para perpetuarse en el poder, por lo cual la guerra en sí, para el pueblo argentino, reviste el carácter de un episodio absurdo y doloroso gracias al cual recuperamos la democracia.

En el primer caso, no sólo la guerra constituye un absurdo, sino que lo es todo reclamo de soberanía por parte de la Argentina. Esto fue expresado cabalmente en las declaraciones de la escritora y periodista Sylvia Walger hace algunos años: “Aparte las Malvinas no son Cancún, no me voy a pelear por un islote donde te morís de frío, crías ovejas”, exigiendo desde el diario La Nación que “dejemos en paz a esos isleños que tienen muchas más posibilidades que nosotros de llegar a ser un país serio” (Walger, 2012). Expresiones como éstas son representativas de un amplio sector de intelectuales que consideran que la guerra de Malvinas fue una “invasión” que debe ser “condenada sin cortapisas” y que la Causa Malvinas no es justa en absoluto (“Intelectuales cuestionaron la conmemoración oficial del 2 de abril”, 2012). En ese sentido, la Argentina no tiene derecho a reclamar esos territorios, puesto que los kelpers constituirían un pueblo con derecho a la autodeterminación (“Una visión alternativa sobre la causa de Malvinas”, 2012), tal como plantean algunos sectores británicos.

Por su parte, la explicación de la guerra de Malvinas como la decisión de un general borracho ha tenido un gran arraigo en el imaginario social, tal como se ha expresado en numerosas manifestaciones, y ha contribuido a reforzar el carácter absurdo de la guerra. En el

mismo sentido, la interpretación del fin de la dictadura y el retorno de la democracia como producto de los caídos en Malvinas se ha instalado con gran arraigo y ha reforzado la figura de los ex combatientes como *víctimas*, sea de la decisión de un borracho irresponsable y/o de una dictadura genocida que los empleó como “carne de cañón” para sus fines de política interna y/o para favorecer la presencia militar de la OTAN en el Atlántico Sur. En cualquier caso, la guerra o bien no era justa (los derechos de la Argentina sobre las islas y su importancia son puestos en duda), o bien era imposible de ganar frente a una potencia militar como Gran Bretaña, más aún siendo apoyada por la fuerza de la OTAN; en ambos casos, careció de sentido, se trató de una *guerra absurda*, tal como lo definió en su momento el veterano de guerra y jefe del Estado Mayor del Ejército durante la década menemista, Martín Balza: “[Malvinas fue] el absurdo conflicto de 1982, que llevó a un país periférico – y desprestigiado internacionalmente por la violación a los derechos humanos- a un enfrentamiento con una potencia nuclear que contaba con el apoyo de los Estados Unidos” (Balza, 2016).

### ***La guerra de Malvinas como crimen de lesa humanidad***

La *victimización* de los combatientes de Malvinas ha sido una constante en la posguerra y ha sido el eje fundamental de los discursos que se han desplegado desde el Estado, las instituciones educativas, diversas expresiones culturales y los medios masivos de comunicación. De hecho, ha sido uno de los puntos conflictivos que han atravesado los debates en el seno del universo de ex combatientes.

Esta disputa por el sentido que configura la construcción de la identidad de los combatientes se ha expresado, desde que finalizó el conflicto bélico hasta la actualidad, en relación a la oposición entre la figura del *héroe nacional* y la de la *víctima de la dictadura*. Diversos trabajos han analizado esta cuestión a partir de los discursos y representaciones que han moldeado de manera conflictiva la identificación simbólica de quienes combatieron en la guerra del '82. Entre ellos, cabe destacar los trabajos de Rosana Guber (2009) y Federico Lorenz (2015), entre otros. Este debate se reactualizó recientemente en torno a la polémica acerca del reconocimiento de restos en tumbas sin identificar en el cementerio de Darwin (Cisilino, 2018).

Esta *victimización* de los combatientes, particularmente de aquellos que fueron como conscriptos, se ha desplegado desde los discursos estatales, con diversos matices, por todos los gobiernos de la posguerra en el marco de lo que muchos veteranos de guerra y analistas han denominado la *desmalvinización*, concibiéndola como una política de Estado. Algunos

ejemplos de esta política fueron: la indiferencia estatal y el “abandono de persona” durante el gobierno de Alfonsín, cuando se les impuso el mote de “los chicos de la guerra” (Tenebaum, 1984), y donde la falta de contención, tratamiento y reconocimiento derivó en numerosos suicidios, especialmente durante los primeros diez años<sup>1</sup>; la aceptación durante el gobierno de Menem del “paraguas de soberanía” y la firma de los acuerdos de Londres y Madrid (González, 1998), junto a la liquidación del patrimonio nacional, incluyendo la industria para la defensa y el desmantelamiento de las Fuerzas Armadas; la concepción de los soldados conscriptos que combatieron en Malvinas como *víctimas del Terrorismo de Estado* durante los gobiernos kirchneristas<sup>2</sup>; y el retroceso en aspectos fundamentales de nuestro reclamo de soberanía junto a los acuerdos políticos y comerciales con Inglaterra que viene llevando adelante el gobierno de Macri.

La concepción de *la guerra de Malvinas como un crimen de lesa humanidad* tiene como punto de partida el supuesto de que ésta sólo puede definirse por el contexto en que se produjo: se trató de un *manotazo de ahogado* de una dictadura en crisis que pretendió usar una causa nacional sentida por el pueblo argentino para perpetuarse en el poder y para facilitar la presencia de Estados Unidos, Inglaterra y la OTAN en el Atlántico Sur. Es decir, la guerra se define por el hecho de que fue decidida y dirigida por una dictadura, la cual prolongó en las islas el Terrorismo de Estado que llevaba a cabo en el continente, tal como se manifestó en las denuncias por violaciones a los Derechos Humanos por parte de oficiales y suboficiales contra soldados conscriptos. Éstas serían parte de la represión de la dictadura y, por ende, constituirían un crimen de lesa humanidad que, como tal, sería imprescriptible desde el punto de vista judicial, ya que serían parte de un plan sistemático de Terrorismo de Estado.

El Centro de Ex Combatientes de las Islas Malvinas de La Plata (CECIM La Plata, en adelante), con el apoyo de organismos de Derechos Humanos, ha sido el principal actor en llevar adelante estas denuncias y en sostener esta interpretación de la guerra. Para ellos, “nada nos alejó tanto de Malvinas como la guerra” (E. Alonso, Entrevista personal, 18 julio de 2017), ya que la recuperación del 2 de abril fue “la acción más desmalvinizadora de nuestra historia” (Citado en Vales, 2012). En ese sentido, los ex soldados combatientes serían *víctimas de la dictadura*, al igual que los detenidos-desaparecidos en el continente.

No obstante, reconocen sus particularidades, ya que no es lo mismo ser secuestrado y llevado a un centro clandestino de detención que el haber sido parte de una guerra decidida por una dictadura. Por ello, para el CECIM, los conscriptos fueron “las últimas víctimas”

<sup>1</sup> Un ejemplo de esto es la negativa del gobierno de Alfonsín a ejecutar la Ley de Salud de 1984 que obligaba al Estado a evaluar la situación de cada veterano y a garantizarle el tratamiento necesario. (Ley 23109, 1984)

<sup>2</sup> Esta visión se ve reflejada en la película *Iluminados por el fuego* (Ruta, 2005)

colectivas de una decisión de la dictadura” (E. Alonso, entrevista personal, 18 julio de 2017), puesto que “enviar a jóvenes a un conflicto armado constituye una violación a los derechos humanos básicos” (E. Alonso, Entrevista personal, 18 julio de 2017), sumado a que durante la guerra se continuaron con prácticas de tortura contra soldados.

### **La batalla por Malvinas desde una visión inglesa**

La Argentina perdió la guerra de Malvinas, no sólo con la rendición del 14 de junio de 1982 sino también con la firma de los ya mencionados Acuerdos de Londres y Madrid de 1990; no se trata aquí, por ende, de enfatizar conjeturas contrafácticas del tipo “qué hubiera pasado si...”, sino partir de determinados testimonios de militares ingleses y de ciertos hechos que atravesaron la guerra para problematizar algunas de las ideas-fuerza y relatos dominantes que circulan en nuestro país.

Cabe aclarar, a la vez, que aquí no se pretende dar cuenta de “la” visión de los ingleses, pues de ninguna manera puede verse a ésta como estática ni como monolítica u homogénea, ni siquiera dentro de los ámbitos castrenses. En este apartado, analizamos fundamentalmente dos testimonios: el del almirante Sandy Woodward y el del general Julian Thompson. Como hemos consignado, se trata de dos oficiales ingleses de alto rango que tuvieron a su cargo grandes responsabilidades en los combates durante la guerra y que registraron sus experiencias poco después de finalizado el conflicto de una manera exhaustiva en cuanto a los detalles técnicos, con una fuerte impronta personal; podríamos arriesgar que no se trata de libros elaborados con fines propagandísticos, sino que son los propios protagonistas quienes dejan registrado su testimonio y su vivencia. El almirante Woodward fue el comandante de la flota británica durante la guerra, mientras que el general Thompson estuvo a cargo de la 3º Brigada de Comandos de Infantería de Marina.

También cabe aclarar que aquí no desarrollamos una reconstrucción minuciosa ni de los objetivos que llevaron a la junta militar a decidir la recuperación de Malvinas, ni del desarrollo político y militar con el que la llevaron adelante. De todos modos, podemos partir del hecho de que aquella dictadura no estuvo dispuesta a ir a fondo en su enfrentamiento con el Reino Unido y con la OTAN, producto de sus intenciones reales, sus concepciones políticas, su alineamiento internacional y sus múltiples relaciones subordinadas con los intereses que se pusieron en jaque cuando los combatientes argentinos hicieron frente al

intento de reconquista inglesa y el pueblo en el continente la plebiscitó, a pesar de la dictadura de aquel entonces<sup>3</sup>.

Tal como señaló Guber, luego de la derrota “Malvinas ingresó en un cono de sombra y silencio” (2012, p. 112), quedando la Cuestión Malvinas absolutamente ligada a la guerra y lo ocurrido en 1982 adquirió un tono vergonzante, indignante y frustrante para el pueblo argentino. Dicha caracterización, según la antropóloga, se sostiene sobre la base de una valoración negativa de “la estrategia militar, la falla moral de los cuadros, y la natural inferioridad de un ejército (en términos genéricos) de conscriptos”. Sin embargo, tal como veremos valiéndonos tan sólo de algunos ejemplos, el desempeño de esos conscriptos, así como también de numerosos oficiales y suboficiales, constituyó un *hueso en la garganta* del Reino Unido que había subestimado en un principio las posibilidades argentinas, a tal punto que la primera ministro Margaret Thatcher, haciendo gala de su prepotencia chovinista, había afirmado que los ingleses “no podemos fracasar”.

No obstante, como destacó Woodward en sus memorias, para la Marina de los Estados Unidos, antes de que comenzara el conflicto, la posibilidad de que Gran Bretaña retomara el control sobre las Islas era una “imposibilidad militar”, para el Ministerio de Defensa inglés de aquel momento la sola idea de presentar batalla era algo “demasiado arriesgado”, y el Ejército no lo consideraba aconsejable “debido a la carencia de una adecuada ventaja en los números de fuerza de tierra” (1992, p. 15). Por su parte, la fuerza aérea británica advirtió que “no había demasiadas oportunidades de participar debido a las largas distancias y a la ausencia de posibilidades de que una fuerza naval sobreviviera frente a una fuerza aérea” (Woodward, 1992, p. 15). En el mismo sentido, Thompson señaló: “ninguno de los integrantes de la Brigada había estado nunca de acuerdo con los puntos de vista esgrimidos en el muy elevado nivel en Gran Bretaña acerca de que los argentinos echarían a correr en cuanto aparecieran los británicos” (1987, p. 244).

Desde ya que no todos los oficiales ingleses de los más altos rangos que pelearon en Malvinas compartieron estas observaciones. Aun así, y pese al optimismo manifestado por algunos almirantes, la posibilidad de ser derrotados durante el conflicto también estuvo presente en los días previos al comienzo de la guerra: “estábamos de acuerdo en que cualquier daño de importancia al [portaaviones] Hermes y al [portaaviones] Invencible (nuestro vital

---

<sup>3</sup> A pesar de que se instaló como idea-fuerza en los relatos sobre Malvinas que “el pueblo fue a ovacionar al dictador Galtieri dos días después de la represión a la movilización de la CGT”, en el discurso completo de Galtieri del 10 de abril, puede verse cómo cuando afirmaba “les presentaremos batalla” había una ovación en la plaza de Mayo y cómo cuando hacía referencia a sí mismo como “presidente de los argentinos” era silbado y abucheado, al punto de tener que hacer pausas en su alocución. (Archivo Histórico RTA, 1982)



segundo puente) muy probablemente nos obligaría a abandonar por completo la operación” (Woodward, 1992, p. 22). De hecho, Woodward se preguntó reiteradamente por qué la conducción militar argentina no había definido destruir un portaaviones, ya que si “se perdía el *Invincible*, la operación se vería peligrosamente afectada. Si se perdía el *Hermes*, la operación fracasaba irremediablemente. Un malhadado torpedo, una bomba perdida o un misil que diera en el blanco, hasta un simple accidente de importancia a bordo, podía hacer peligrar todo” (1992, p. 115). De haber ocurrido, la “guerra, en ese caso, se habría terminado” (Woodward, p. 123). Con un solo portaaviones, tal como enfatizó Michael Clapp, jefe de operaciones anfibias, no hubieran podido sostener la campaña, ya que no habrían contado con plataformas para sus helicópteros, ni para los jeeps, ni para los Harriers (Discovery Channel, 2014).

Es decir que, al menos antes de que comenzara la guerra el 1 de mayo, había un consenso bastante generalizado en el bando de inglés de que la posibilidad de reconquistar las islas para su dominio era una tarea muy difícil o directamente imposible debido a motivos técnicos y operativos, debilidades propias de las fuerzas inglesas, y también por dificultades materiales: no contaban con pistas adecuadas para el aterrizaje de sus aviones ni lugares para reabastecerlos de combustible y armas, como así tampoco de un espacio que sirviera para el mantenimiento o reparación de las máquinas.

También se manifestaron dificultades en el plano de la estrategia, puesto que la flota debía desembarcar sí o sí antes del 25 de mayo y la campaña no debía extenderse más allá de mediados de junio; de lo contrario, habría quedado “efectivamente fuera de acción en el invierno a fines de junio” (1992, p. 243) y cualquier demora al respecto era una ventaja para la Argentina. De hecho, Jeremy Moore, comandante de las fuerzas terrestres británicas, afirmó que si Argentina hubiese esperado seis meses más para lanzar la operación, “no hubiésemos estado en condiciones de responder adecuadamente” (Discovery Channel, 2014).

Finalmente, los ingleses pudieron realizar el desembarco el día 21 gracias a una mejoría en las condiciones climáticas, lo cual para Woodward no constituyó más que un golpe de suerte. Este desembarco podría haber sido repelido por los argentinos de distintas formas, ya que contaban con varios puntos de ataque y los ingleses estaban en desventaja porque no contaban con el control aéreo. Thompson aseguró que “siempre estuvimos superados en número tanto en el aire como en tierra hasta el final de la guerra” (1987, p. 29) y que “el control del aire no se arrebató por completo al enemigo hasta el final” (1987, p. 119). De hecho, Argentina podría haber evitado el asalto británico con sólo minar la Bahía de San Carlos, imposibilitando el desembarco de los anfibios, alternativa que, para sorpresa tanto de

los militares ingleses como de la oficialidad argentina, la conducción militar de la dictadura desestimó.

A la vez, pese a la supremacía de las fuerzas británicas por sobre las argentinas, en numerosos pasajes de las memorias de Woodward y Thompson se hace referencia a los problemas y dificultades que tuvieron que afrontar: el funcionamiento del equipamiento técnico de las fuerzas británicas sufrió graves inconvenientes durante la guerra, incluso en el transcurso de combates directos, por el cual sufrieron numerosas bajas y pérdida de material; es decir, estuvieron lejos de presentarse como una fuerza abrumadoramente superior o con ventajas insalvables. Según Thompson, “fuimos afortunados de no haber tenido un número de bajas más abultado” (1987, p. 32).

Estas ejemplificaciones nos permiten ilustrar que, al menos desde un análisis estrictamente militar de las fuerzas inglesas, la guerra de Malvinas no fue entendida, ni mucho menos analizada, como una “locura”, un “enfrentamiento absurdo” o una “aventura militar” como ha prevalecido en los relatos sobre Malvinas difundidos en Argentina.

A la vez, cabe distinguir dos actitudes en la flota británica: la primera, a partir del 1º de mayo, cuando Woodward hizo simplemente una parada militar frente a Puerto Argentino, intimando a la rendición, lo cual fue denegado por la gobernación militar a cargo del general Menéndez, reflejando la subestimación que el almirante tenía de la Argentina y que venía con una concepción de “paseo militar”. La segunda, por el contrario, fue a partir del hundimiento de la fragata Sheffield, que fue nada menos que el primer barco de la flota inglesa alcanzado por un misil enemigo desde la Segunda Guerra Mundial, es decir, desde hacía casi cuarenta años.

Con su hundimiento, los ingleses perdieron dos aviones Harrier y, tal como lo registró Woodward, constituyó “un fuerte impacto para todos nosotros, incluyéndome a mí” (1992, p. 196). Para el almirante, la batalla naval contra la Argentina fue “una de las más terribles. Y los argentinos podrían haberla ganado” (1992, p. 272), incluso en el transcurso de la guerra Woodward afirmó en su diario que en el enfrentamiento entre la flota británica y la aviación argentina ésta última “iba ganando” (1992, p. 281).

Ya en el cuarto día de combate, Woodward sentenció “la Royal Navy no había vivido un conflicto en el agua de esta magnitud desde la Segunda Guerra Mundial” (1992, p. 21). El 25 de mayo, dos misiles Exocet desde aviones navales Super Etendard hundieron el buque logístico Atlantic Conveyor, lo cual constituyó la mayor pérdida que sufrieron los ingleses durante la guerra. Las bajas fueron trece, incluyendo al capitán, y la pérdida de material valuado aproximadamente en 230 millones de libras esterlinas: perdieron doce aeronaves, tres

helicópteros Chinook, un Sea Lynx y otros seis, dos aviones Harriers, un lote completo de repuestos para aviones y helicópteros, todo el equipamiento para una brigada de 4.500 hombres, las carpas, cocinas y material médico necesario para la brigada, tanques inflables de combustible, seis camiones abastecedores, vehículos de combate, misiles estadounidenses Sidewinder y una pista de aterrizaje vertical que iba a ser montada en San Carlos. Este hundimiento les causó numerosos problemas a la hora de mover a los hombres y la artillería. Por ejemplo, la pérdida de los Chinook obligó a la infantería a ir caminando hasta Puerto Argentino.

El 12 de junio, dos días antes de la rendición, Woodward enumeró en su diario algunas pérdidas que habían tenido hasta el momento: “Dos destructores hundidos, tres seriamente dañados; dos fragatas hundidas, dos seriamente dañadas; un barco de carga hundido; dos naves de desembarco hundidas, una seriamente dañada” (1992, p. 338).

A la vez, cabe tener presente que casi la mitad de las bombas lanzadas por aviones argentinos, al menos en catorce ocasiones, no estallaron. Por ello, Woodward aseguró que si “hubiesen explotado nos hubiesen derrotado. Si las espoletas de las bombas hubiesen sido correctamente armadas, no me cabe ninguna duda de que hubiésemos perdido” (Discovery Channel, 2014), ya que habrían perdido el doble de buques de guerra, anfibios y mercantes.

Indudablemente, el hundimiento por parte de un submarino nuclear británico del Crucero General Belgrano el 2 de mayo fue un golpe durísimo para la Argentina; en él, murieron 323 argentinos, casi la mitad de los caídos durante todo el conflicto. La artillería del crucero representaba una grave amenaza para los ingleses, puesto que contaba con cañones de 152 mm., pudiendo alcanzar objetivos a 20 kilómetros de distancia, mucho más allá que cualquier cañón británico. Woodward también reconoció la importancia y la capacidad militar del Belgrano: en condiciones tranquilas era superior a muchas naves inglesas a las que podía sumergir “sin demasiado esfuerzo” (1992, p. 167). Forman parte hasta el día de hoy los debates y reclamos en torno a considerar el hundimiento del Belgrano como un crimen de guerra por parte de los británicos por encontrarse fuera de la zona de exclusión.

Como hemos afirmado más arriba, y se ha reflejado en algunos de los ejemplos que analizamos aquí, la conducción de la guerra por parte de la dictadura fue negligente y en ningún momento fue a fondo con las medidas necesarias para ganar la guerra. Organizó una toma de posesión de la casa del gobernador de las islas con la idea de resolver la cuestión en la mesa de negociaciones; Galtieri habría recibido “luz verde” por parte de los Estados Unidos para llevar adelante la operación con la promesa de que se iba a mantener neutral y que officiaría de árbitro en las negociaciones entre Argentina y el Reino Unido. El propio Galtieri,

a un año de la guerra, declararía en el diario *Clarín*: “Yo era el niño mimado de los norteamericanos (...). Yo confiaba en que ellos mantendrían una equidistancia de posiciones... no esperaba que ellos asumieran la posición que tomaron... Yo a lo que jugué fue a la alternativa de la no intervención de EE. UU. (...), se me quemaron los papeles” (Citado en PSTU, 2012).

Evidentemente, de manera intencional o no, los supuestos con que la junta militar realizó la operación de Malvinas estaban profundamente equivocados y favorecieron a las posiciones inglesas respaldadas por la OTAN. Es decir, la dictadura nunca pensó en ir a la guerra, mucho menos contra sus principales aliados internacionales en ese momento que Galtieri había asumido el mando reemplazando al general Viola. Esa concepción de “toco y me voy” permite comprender por qué no se minó San Carlos para evitar el desembarco, por qué no se garantizó el armamento y aprovisionamiento necesario para llevar adelante el conflicto, y por qué no se tomaron las medidas necesarias en el continente contra los intereses ingleses dentro de las fronteras continentales de nuestro país. Esos supuestos, hayan sido o no intencionales, tiñeron la estrategia argentina durante la guerra y cuando los ingleses enviaron su flota para reconquistar las islas, la marcha atrás resultó imposible.

Por ejemplo, otro caso de negligencia en la dirección del conflicto por parte del generalato y almirantazgo argentinos es la no extensión de la pista de aterrizaje de Puerto Argentino; esto hubiera permitido que los aviones, más numerosos que los británicos, contaran con el tiempo suficiente para poder golpear a la flota. Esta amenaza era tan grande que los comandantes británicos consideraron respuestas drásticas ante la ampliación de la pista. Sin embargo, cabe destacar que a pesar de los numerosos bombardeos, los ingleses nunca lograron dañar la pista definitivamente, al punto que ésta continuó operando hasta la noche del 13 al 14 de junio antes de la rendición.

De hecho, en Malvinas se pusieron de manifiesto las múltiples contradicciones entre las tres fuerzas armadas argentinas, reflejadas en su falta de coordinación. Incluso cabe destacar que muchas de las tropas enviadas a Malvinas no entraron finalmente en combate y muchas de las mejores tropas con las que contaba Argentina no fueron enviadas por temor a dejar desguarnecida la frontera con Chile, principal hipótesis de conflicto que tenía la dictadura y que estuvo cerca de desencadenarse en 1978 en torno al conflicto por el canal de Beagle.

Esta conducción nefasta por parte de la dictadura reforzó en el imaginario social el carácter absurdo de la guerra y la condición de *víctimas* de los combatientes, puesto que nos enfrentamos a una potencia a la que no le podíamos ganar, sin estar en condiciones ni

materiales ni técnicas para llevar adelante el conflicto, y partiendo de supuestos que desguarnecieron a los combatientes argentinos al no contar con el armamento y equipamiento adecuado para la batalla. En una palabra, como ya hemos señalado, los combatientes fueron la *carne de cañón* en una guerra absurda de una dictadura que sólo se proponía perpetuarse en el poder y favorecer la presencia de la OTAN en el Atlántico Sur.

Esto ha reforzado en el imaginario social la idea de que jóvenes de dieciocho años fueron enviados a pasar hambre y frío, con armas que no funcionaban y equipamiento inadecuado para soportar las bajas temperaturas de las islas. Indudablemente, la falta de planificación de la estrategia más allá de la operación de recuperación del 2 de abril generó que no se enviaran los armamentos, equipos y provisiones pertinentes antes del bloqueo aéreo.

Al mismo tiempo, parte de esta inferioridad argentina puede ser matizada: por ejemplo, tal como destacó Thompson, los borceguíes argentinos eran superiores a los británicos en tanto los primeros estaban pegados y cosidos, con lo cual eran más resistentes a la turba que los de los británicos: “Es posible que el artículo máspreciado entre los despojos de guerra dejados por los argentinos hayan sido los excelentes borceguíes que sirvieron para reemplazar al gastado y húmedo calzado que tenía la mayor parte de la Brigada de Comandos” (Thompson, 1987, p. 235). Thompson y otros oficiales, luego de la batalla de Monte Longdon que fue la más encarnizada y donde hubo bajas en ambos bandos, destacaron sorprendidos que las raciones argentinas eran muy buenas y que hallaron una gran cantidad de armas, municiones, alimentos y equipos, frazadas y otros elementos que los ingleses no tenían y que, por ende, fueron muy útiles después de la batalla (Thompson, 1987, p. 234-235).

Del mismo modo, el armamento argentino sufrió desperfectos a la hora del combate; sin embargo, como destacó Thompson, Argentina “contaba con más helicópteros, tenía superioridad en el aire (...) Tenían más cañones, un transporte en helicóptero por lo menos tan bueno como el nuestro” (1987, p. 81) y, por ejemplo, en la batalla de la colina de Darwin el 28 de mayo, el general inglés relató que “Todos los soldados [ingleses] armados con metralletas Sterling las arrojaban para recoger los SRL de los que estaban fuera de combate o, mejor aún, se apoderaban de los FAL argentinos que disparaban ráfagas y suministraban así más poder de fuego” (1987, p 141). Es decir, en algunos momentos decisivos y situaciones de combate, eran los argentinos quienes contaban con mejores armas. Incluso, el jefe de la 3ª Brigada de Comandos resaltó: “un hecho poco conocido: la diferencia tecnológica en el ámbito de las unidades de combate terrestre menores no era muy marcada” (1987, p. 22). También se suplieron algunas deficiencias técnicas con ingenio; por ejemplo: la adaptación de los misiles Exocet para emplearse en la variante tierra-mar y el descubrimiento por parte de

ingenieros de los códigos para su lanzamiento que los franceses se habían negado a darle a nuestro país.

Parte de las ideas de fuerte arraigo en el imaginario social vinculado a Malvinas refiere a la imposibilidad de que un ejército fundamentalmente de conscriptos pueda hacerle frente a un ejército formado por profesionales como el inglés. Sin embargo, en las memorias de los oficiales ingleses se resalta recurrentemente el coraje, la valentía y la astucia con que combatieron los soldados, oficiales y suboficiales argentinos.

Por ejemplo, la batalla de Pradera del Ganso fue mucho más difícil para los ingleses de lo que habían previsto, ya que los combates duraron dos días. Sobre la batalla de Monte Longdon, que fue la más cruenta de toda la guerra y en la que se llevó a cabo un “largo y encarnizado combate cuerpo a cuerpo, y a bayoneta calada”, Thompson señaló: “Estuve a punto de sacar a mis muchachos de ahí. No podía creer que esos adolescentes disfrazados de soldados nos estuvieran causando tantas bajas” (citado en Kasanzew, 2012, p. 225).

También el general inglés enfatizó que “los oficiales y suboficiales combatieron duro” y trataron de impedir hasta último momento la rendición, lo cual “bastaba para desmentir los informes suministrados por la prensa en el sentido de que los oficiales echaban a correr abandonando a sus soldados conscriptos para que fueran masacrados o se entregaran como ovejas” (1987, p. 235). Desde ya, esta valoración no puede generalizarse, puesto que hubo oficiales y suboficiales que combatieron valientemente, así como hubo actitudes miserables y cobardes, incluso quienes ejercieron abusos sobre los soldados, cometiendo violaciones a los Derechos Humanos y perjudicando la capacidad de combate y la moral de la propia tropa.

En particular, se ha destacado la actitud y pericia de los pilotos, tanto de la Fuerza Aérea como de la aviación naval. De hecho, el desempeño de la aeronáutica fue reconocido incluso por las fuerzas británicas, estadounidenses y europeas (Guber, 2016). Por ejemplo, Woodward destacó “la habilidad de los bombarderos argentinos para volar a través de nuestras defensas” (1992, p. 244). Según Thompson, “desafiaron todas las tácticas esperadas” (1987, p. 144) y, durante distintos ataques a la flota británica, lograron confundir a los sistemas de radares, infligiendo “grandes daños a nuestras naves” (Woodward, 1992, p. 143). Para Thompson, nuestros Pucará se convirtieron en “un enemigo letal” (1987, p. 144). Cabe destacar que los pilotos de la Fuerza Aérea y de la aviación naval “no atacaron en masa, sino a lo Güemes: golpeando y desapareciendo, con escuadrillas de tres a cinco aviones. Y diezmaron a la flota británica” (Kasanzew, 2012, p. 108).

Sin dudas, un ejemplo contundente de todas estas apreciaciones elaboradas por los militares ingleses fue la hazaña del Teniente de Navío, Owen Crippa, el 21 de mayo: con un

avión de entrenamiento Aermacchi MB 339A -y desafiando toda doctrina militar al respecto- atacó la flota inglesa en el estrecho de San Carlos<sup>4</sup>. La severidad de los daños fue una preocupación constante para las fuerzas inglesas durante todo el conflicto. En relación a estos enfrentamientos, Woodward señaló que “nuestra tasa de éxito estaba ubicada entre lo malditamente moderado y lo terriblemente espantoso” (1992, p. 275). Por último, es importante tener en cuenta que la flota a la que enfrentaron los argentinos fue la más grande que había reunido Gran Bretaña en treinta y cinco años (1992, p. 140), es decir, prácticamente desde la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, como destacó Woodward, la de Malvinas no puede considerarse una “guerra pequeña” (1992, p. 357).

El saldo fue muy duro para la Argentina: no sólo por la traumática experiencia de haber atravesado una guerra, la derrota y las múltiples secuelas psicológicas y físicas a miles de combatientes, sino también por el elevado número de bajas. Del lado argentino, hubo 649 caídos entre soldados conscriptos, suboficiales y oficiales de las Fuerzas Armadas, Gendarmería, Prefectura y civiles, entre ellos los pertenecientes a la Marina Mercante (Ley 24950, 1998). En el bando inglés, las bajas oficialmente reconocidas son 255. Sin embargo, es una cifra cuestionada y puesta en duda, ya que se trata de un número relativamente bajo dada las pérdidas materiales ocasionadas por los argentinos.

De los 649 caídos, 323 corresponden al hundimiento del Crucero General Belgrano, que al momento de ser impactado se encontraba fuera de la zona de exclusión. De los 326 restantes, once murieron en un accidente en el continente cuando se cayó un helicóptero. En sentido estricto, fueron 315 las bajas argentinas en combates directos contra los ingleses, es decir, sólo sesenta más que las bajas inglesas. De hecho, Woodward destacó que el número de bajas es muy elevado si se tiene en cuenta que se produjeron en sólo seis semanas; para el almirante inglés, las “muertes ocurrieron a una velocidad particularmente elevada, más de diez veces peor que lo sufrido por cualquiera de nuestras fuerzas después de la Segunda Guerra Mundial” (1992, p. 357).

La dictadura argentina decidió rendirse el 14 de junio, lo cual causó sorpresa en los oficiales ingleses, tal como señaló Thompson (1987). El día anterior, Woodward había registrado en su diario: “Francamente, si los argentinos pudieran sólo respirar sobre nosotros, ¡nos caeríamos! Tal vez ellos están igual. Sólo cabe esperar que así sea, de otra manera, estaríamos listos para la carnicería” (1992, p. 340). Analizando la decisión argentina,

---

<sup>4</sup> Este episodio le valió la condecoración militar más alta otorgada por el Estado argentino: “Cruz de la Nación Argentina al heroico valor en combate”.

Woodward planteó que, según su valoración, la Argentina podría haber estirado “la campaña durante unos diez días más y eso habría terminado con nosotros, no con ellos”.

### **Comentarios finales**

A lo largo del artículo, hemos desarrollado múltiples aspectos y ejemplos del conflicto bélico de 1982 que permiten problematizar las ideas-fuerza que articulan las dos grandes variantes en los relatos dominantes acerca de Malvinas en nuestro país y sus entrecruzamientos: la de Malvinas como *guerra absurda* y como *crimen de lesa humanidad*.

En el apartado anterior, hechos, testimonios y valoraciones de los militares ingleses dan cuenta de que la guerra de Malvinas no fue *un paseo* para ellos; de hecho, esta idea es la que titula el libro de Thompson: *No picnic*. Desde los aportes que brindan sus visiones para repensar Malvinas, profundamente desconocidos o poco rescatados en nuestro país, podemos concluir que, a pesar del poderío británico y del apoyo estadounidense y de la OTAN, a pesar de la conducción política y militar por parte de la dictadura, a pesar del carácter de jóvenes conscriptos de los soldados argentinos, el coraje y el desempeño de nuestros combatientes fue, como hemos dicho más arriba, *un hueso en la garganta* de los intereses colonialistas de los imperialismos británico y estadounidense en el Atlántico Sur.

Los testimonios que reflejan las miradas que los ingleses tuvieron acerca de la recuperación de las Malvinas y el enfrentamiento que se desencadenó permiten problematizar ese carácter absurdo, aventurero, que ha atravesado los relatos sobre Malvinas. A la vez, permiten dotar de otros sentidos, no carentes de debates y contradicciones, a una guerra contra una de las potencias más poderosas del mundo por parte de un país como la Argentina en su intento por recuperar su territorio usurpado colonialmente, reclamo histórico de soberanía de fuerte arraigo en nuestra cultura nacional.

Cualquier balance e interpretación acerca de la guerra de Malvinas que omita las valoraciones inglesas resulta necesariamente incompleto o sesgado. Producto de la *desmalvinización*, estas miradas han permanecido ocultas o han sido soslayadas, lo cual ha impedido analizar una cuestión clave que se desprende de un análisis crítico acerca del desempeño de los combatientes argentinos y de su reconocimiento por parte de los ingleses: Argentina fue un peligroso enemigo para el Reino Unido y la OTAN en Malvinas.

La derrota, como analizamos en los matices que componen el relato de *guerra absurda*, ha sido el factor explicativo central en diversas interpretaciones que pretenden dar cuenta del fin de la dictadura y del retorno de la democracia. Cabe destacar que, durante el conflicto, la oposición entre democracia y dictadura fue justamente el eje central con que



Margaret Thatcher y el Reino Unido justificaron su intento de reconquista de su enclave colonial, imponiéndole la guerra a nuestro país. Esquemáticamente, podemos decir que el conflicto se planteó como si se tratara de una cruzada por parte de una democracia persistente e integrante del mundo civilizado frente a una dictadura militar de un país del Tercer Mundo. Como señaló Thatcher en su prólogo a las memorias de Woodward, “en 1982, el León Británico una vez más se enfrentó al tirano y lo hizo para defender los derechos de los ciudadanos de las minúsculas y remotas Islas Falkland” (Woodward, 1992, p. 10).

En ese sentido, con respecto a la segunda variante analizada en el presente trabajo, podemos decir que si la interpretación de la guerra de Malvinas pudiera reducirse fundamentalmente a un crimen de lesa humanidad producto de la decisión de una dictadura militar que pretendía perpetuarse en el poder, resulta difícil de comprender y dotar de sentido al compromiso en el campo de batalla que demostraron los combatientes argentinos en su enfrentamiento contra los ingleses por la recuperación de la soberanía de Malvinas, tal como lo reconocen los propios oficiales de alto rango del Reino Unido.

Por el contrario, para echar luz sobre dicho compromiso, resulta imprescindible dar cuenta del sentido que adquirió esta guerra para cada uno de los contendientes. Para los soldados profesionales de Gran Bretaña, la batalla por Malvinas era un conflicto más en pos de los intereses geopolíticos del Reino Unido. El propio Woodward enfatizó que “La única pregunta que se me hizo en todos los barcos, sin excepción, fue: ‘¿Podría decirnos, señor, en cuánto se ha fijado el subsidio por servicio en el exterior?’. En otras palabras: ¿Cuánto dinero extra ganaremos por estar en este pequeño lío?” (1992, p. 96).

Para los argentinos, en cambio, más allá de la dictadura que gobernaba, las Malvinas constituían y constituyen una causa nacional; el sentido que la mayoría de los combatientes hasta el día de hoy le otorgan a su lucha es el de una causa justa por la soberanía nacional, tal como sintetizó el ex soldado combatiente Rubén Pablos, director provincial de Veteranos de Guerra de la provincia de Río Negro e integrante de la Confederación de Combatientes de la República Argentina: “Nosotros, la gran mayoría de los Veteranos de Guerra de Malvinas, no nos sentimos víctimas de la dictadura, por el contrario, estamos orgullosos de haber ido a defender a la Patria. Fuimos a Malvinas por mandato popular con el uniforme de San Martín a defender la Bandera de Belgrano, no fuimos pensando en Galtieri, y fuimos a combatir contra un enemigo externo, el imperio y su aliado EE.UU.” (Pablos, 2016).

El propio Woodward resaltó el sentido que la causa nacional de Malvinas representa en el pueblo argentino: “Siempre me sorprenden las emociones que las Malvinas pueden producir en el pecho de un argentino. Para nosotros aquella campaña era un trabajo duro y

exigente realizado en nombre del gobierno. Para ellos fue algo parecido a una guerra santa” (1992, p. 177).

Los aportes de este trabajo, que aún revisten un carácter exploratorio y deben ser profundizados, permiten sostener, en una primera aproximación, que las interpretaciones de la *Cuestión Malvinas* que la reducen a una *guerra absurda* o a un *crimen de lesa humanidad* como un episodio más del Terrorismo de Estado no posibilitan una comprensión cabal del sentido que adquirió la lucha por la soberanía nacional para la mayoría de los combatientes y para el pueblo argentino. Resulta necesario, entonces, ampliar los abordajes hacia nuevas perspectivas que permitan analizar estos fenómenos en toda su profundidad.

## **Bibliografía:**

- Alonso, Ernesto. Entrevista realizada personalmente. 18 julio de 2017.
- Archivo Histórico RTA. (1982). Cadena nacional: discurso de Galtieri en Plaza de Mayo. Recuperado de: <http://www.archivorta.com.ar/asset/cadena-nacional-discurso-de-galtieri-en-plaza-de-mayo/>
- Balza M. (11 de noviembre de 2016). *Clarín*. Recuperado de: [https://www.clarin.com/opinion/malvinas-conflicto-hipotesis\\_0\\_HkfKFuGZg.html](https://www.clarin.com/opinion/malvinas-conflicto-hipotesis_0_HkfKFuGZg.html)
- Cisilino, J. (2018) “¿Héroes Nacionales? ¿Víctimas de la dictadura? La disputa por el sentido y la identidad de los caídos y los veteranos de guerra en el debate sobre el reconocimiento de restos en Malvinas”. Revista Cuadernos de Marte.
- Discovery Channel (22 de junio de 2014). Malvinas la historia que pudo ser. [Archivo de Video - YouTube]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=CN1QoGhc7K8&t=21s>
- González, Julio C. (1998). *Los Tratados de paz por la Guerra de Malvinas (desocupación y hambre para los argentinos)*.
- Guber, R. (2009) *De chicos a veteranos: Nación y memorias de la Guerra de Malvinas*. La Plata: Al Margen.
- Guber, Rosana (2012). *¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda*. 2ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Guber, Rosana. “Las Malvinas ¿objeto de investigación?”. *Ciencia Hoy*, n° 157.
- Guber, Rosana (2016). *Experiencia de Halcón*. 1a ed. Buenos Aires, editorial Sudamericana.
- Hacén cola para criticar a Macri por Malvinas. (23 de septiembre de 2016). *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-310108-2016-09-23.html>
- Honorable Congreso de la Nación Argentina. (29 de septiembre de 1984) Beneficios a ex combatientes que han participado en acciones bélicas en el Atlántico Sur. [Ley 23109 de 1984]. DO: 25543. Recuperado de: [http://www.infoleg.gob.ar/?page\\_id=216&id=25543](http://www.infoleg.gob.ar/?page_id=216&id=25543)
- Honorable Congreso de la Nación Argentina. (14 de abril de 1998) Héroes Nacionales [Ley 24950 de 1998]. DO: 28876 Recuperado de: [http://www.infoleg.gob.ar/?page\\_id=216&id=28876](http://www.infoleg.gob.ar/?page_id=216&id=28876)
- Intelectuales cuestionaron la conmemoración oficial del 2 de abril. (30 de marzo de 2012). *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/1461002-intelectuales-cuestionaron-la-conmemoracion-oficial-del-2-de-abril>

- Kasanzew, Nicolás (2012). *Malvinas a sangre y fuego*. 1ª ed: Nicolás Kasanzew editor.
- Lorenz, F. (2015) “Ungidos por el infortunio. Los soldados de Malvinas en la post dictadura: entre el relato heroico y la victimización”. *Cuadernos de Historia. Serie economía y sociedad* n° 13/14, pp. 265 a 287. Universidad Nacional de Córdoba.
- Pablos, R. (1 de abril de 2016) Los ingleses son los verdaderos enemigos de la Patria. *Agencia Periodística Patagónica*. Recuperado de: [http://www.appnoticias.com.ar/desarro\\_noti.php?cod=22408](http://www.appnoticias.com.ar/desarro_noti.php?cod=22408)
- Partido Socialista de los Trabajadores Unificado (2012) “Malvinas, prueba de fuego”. Folletos del PSTU.
- Rattenbach, I. (2012). Informe final de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades Políticas y Estratégico Militares en el Conflicto del Atlántico Sur. Buenos Aires: Poder Ejecutivo Nacional.
- Ruta C. (productor) y Bauer T. (director). (2005) *Iluminados por el fuego* (Película). Argentina-España: Universidad Nacional de General San Martín / Gobierno de la Provincia de San Luis / Canal+ España / San Luis Cine / Gobierno de la Provincia de Santa Cruz / INCAA.
- Tenenbaum, K. (productor) y Kamin, B. (director) (1984) *Los chicos de la guerra* (Película). Argentina: K Films / Instituto Nacional de Cinematografía.
- Thompson, Julian (1987). *No Picnic (no fue un paseo). La actuación de la 3ª Brigada de Comandos de Infantería de la Marina Británica en la guerra de las Malvinas, 1982*. 2ª edición, editorial Atlántida S.A., Buenos Aires.
- Una visión alternativa sobre la causa de Malvinas (23 de febrero de 2012). *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/1450787-una-vision-alternativa-sobre-la-causa-de-malvinas>
- Vales L. (9 de mayo de 2012). Un cambio de paradigma por Malvinas”. *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-193597-2012-05-09.html>
- Walger S. (15 de febrero de 2012). Por favor, dejemos en paz a esos isleños. *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/1448905-por-favor-dejemos-en-paz-a-esos-islenos>
- Woodward, Sandy (Admiral) con Patrick Robinson (1992). *Los cien días. Las memorias del Comandante de la Flota Británica durante la Guerra de Malvinas*. Buenos Aires, editorial Sudamericana.